

Lo que opinan nuestros MUSICOS...

Alberto Cerezo

¡De unos años acá, Alberto Cerezo lleva el marchamo como único y primer violinista de música de jazz en nuestra ciudad! Y esto lo digo como una afirmación y sin que nadie pueda revocármelo. Tenemos, que duda cabe, buenos violinistas, pero ninguno de ellos ha sabido improvisar cualquier melodía delante de un micrófono. Cerezo lo hace de la manera más tranquila y sus improvisaciones no resultan ni mediocres ni vulgares. Al contrario, improvisa como los mejores y ha sabido captar un estilo ni mejor ni peor que los que cultivan este género, que yo lo encuentro magnífico, máxime cuando tengo aún en mi memoria la actuación del Quinteto de Hot del Club de Francia, que tuve el placer de oír. En aquel entonces encontré a Stephane Grapelly maravilloso... En algunos momentos, al menos, Cerezo me hace recordar al gran violinista.

Para Cerezo, tocar el violín es juego de niños. Con la más tranquila naturalidad y una seguridad absoluta con el arco. Valiente, con un gusto exquisito en las melodías, y alegre, risueño en sus improvisaciones. Cuando Cerezo ataca un «chorus» con el sexteto hot de la orquesta «Selección», notáis un cosquilleo en los pies, con ganas de bailar como si hubierais comido espinacas. In-

filtra un optimismo tal, que a lo mejor él ignora, y los que le secundan, el clarinete, el saxo tenor, la trompeta, etc., empiezan a doblarse ante el micrófono como serpientes amaestradas...

Y lo mismo podríamos decir, si hubiera continuado actuando con la trompeta, con el piano, con el acordeón, es decir, con todos los instrumentos que él se hubiese propuesto, porque su afición por la música de jazz podríamos considerárselo como innata. En sus tiempos de adolescencia dentro de la música y actuando en la orquesta «La Catalana»—denombre registrado—, su padre tenía que llamarle la atención porque su forma de tocar no respondía al tono métrico de la orquesta. Y es que el muchacho probaba *algo* que había oído de algunos intérpretes de la música de jazz y lo encontraba agradable a su oído...

Y nadie en la actualidad ignora, principalmente los del vecindario, las pequeñas *jam sessions* que continuamente se oían en su casa. Allí todo aficionado a la música de jazz tenía entrada sin invitación. Con profesionales, con *amateurs*, con aficionados. Ora con el violín, ora con el piano, dando instrucciones a los guitarristas en tal o cual tono, a la batería, etc. Cualquier melodía agradable, pero buena en calidad, era aprovechada para hacer un «chorus» aceptable. Sin guión, sin apuntes, sin anotaciones. Bien cuidado podía responder. Fiábase de su